

NUESTRA AMERICA Y SU LITERATURA SURGIERON SIMULTANEAMENTE

Juan Jacobo de Lara



NUESTRA literatura hispanoamericana se inició, como nuestra historia y nuestra cultura misma, el 12 de octubre del año 1492, y de todo ello fue el iniciador Cristóbal Colón. Sin saberlo y sin ser español siquiera, trasplantó Colón la lengua y la cultura de España a un mundo nuevo. En las entradas que hace en su “Diario” acerca del Descubrimiento, y que son páginas llenas de entusiasmo y de colorido tropical, encontramos la primera nota de literatura no ya europea sino americana.

A partir de Colón, los cronistas de Indias van estableciendo matices literarios que los diferenciaban de los cronistas de otros temas en la península. Con la América tropical como escenario, Colón y los que le siguieron fueron dándoles a sus crónicas las tonalidades del ambiente. Así comenzó la obra literaria de Hispanoamérica, escrita por peninsulares que al cruzar el Atlántico vinieron a ser ya los primeros hispanoamericanos. El idioma también, al cruzar el Atlántico, se adaptó y se identificó con el mundo americano. Aunque sin modificarse básicamente, la lengua de Castilla

adquiría estilo y vocabulario nuevos cada día, a medida que penetraba por estos nuevos mundos.

No fue que desaparecieron las características europeas: la medieval aún reciente y la clásica que el Renacimiento estaba por entonces reviviendo. En los escritos del mismo Colón, pero sobre todo en los del Padre Las Casas, predominan estas influencias preponderantes en Europa. Esos hombres que vinieron a América en la primera oleada de la conquista vivían ya en el Renacimiento, pero en espíritu eran aún medievales.

Ese año de 1492 que marcó el nacimiento de nuestra América, se distinguió también en la historia de España por dos hechos trascendentales. El uno, de importancia política, fue la unificación española que al fin lograron los Reyes Católicos. El otro, de importancia cultural, la publicación de la primera gramática de una lengua romance: la famosa *Gramática castellana*, de Nebrija.

El completarse la Reconquista y la unificación de España en el mismo momento en que Colón descubría, para España, un mundo nuevo, sería una de esas coincidencias que tienen gran significación histórica. La consecuencia fue que los españoles mudaron el teatro de sus conquistas y aventuras de la península a las Indias. Su nuevo escenario iba a ser, en vez del Mediterráneo, el Mar Caribe.

La aparición de la Gramática de Nebrija significó la consagración del dialecto peninsular castellano como lengua nacional, como lengua europea. Al pasar a ser lengua "española", el castellano había completado su formación orgánica, y es de señalar como otra coincidencia histórica, de índole cultural y lingüística, que en ese preciso momento cruzara la lengua de Castilla el Atlántico y se arraigara en los nuevos mundos de América. Si antes se había ido enriqueciendo a costa de las otras lenguas de la península, en América se enriqueció en vocablos y en ideas a costa de las lenguas del mundo nuevo. A partir del 1492 comenzó la formación estilística de la lengua, y en América se fue desarrollando, como será fácil imaginarse, con denotaciones propias: la formación estilística de la lengua castellana en

América, lenta durante la Colonia, vacilante durante el siglo pasado, y ya más firme y distintiva en nuestro siglo. La lengua de Castilla se había apoderado de todo lo americano y América se apoderó de la lengua de Castilla y la hizo suya.

El tema americano es la esencia de la literatura de América. La rica literatura hispanoamericana de los últimos cincuenta años es el resultado de los cuatro siglos de evolución "americana" del castellano, de esa evolución nuestra que comenzó con el "Diario" de Colón en 1492.

Colón describió en su "Diario" sus experiencias y observaciones de cada día, en estilo elocuente y espontáneo y con curiosidad ingenua. Aunque los escritos de Colón son inexactos en parte de su contenido, y a pesar de que el español no era su lengua nativa, su obra constituye el primer documento histórico y literario de América, y en su día inició la literatura de Indias. Los cronistas que le siguieron se basaron en los escritos de Colón, aclarando muchos de sus errores informativos y ampliando sus descripciones.

Bartolomé de las Casas parece haber tenido en su poder el "Diario" de Colón original, pues sólo extractado por él lo conocemos hoy. Las Casas vivió una gran parte de su larga vida en el Nuevo Mundo, sobre todo en Santo Domingo, y allí conoció y trató a Colón y más tarde a su hijo Diego, el segundo Almirante, de modo que tuvo amplia oportunidad de estudiar la personalidad y los escritos del Descubridor antes de embarcarse en su propia carrera literaria, la cual fue larga y extensa; más bien podemos decir que formidable. Este fanático militante de España y América, no sólo escribió profusamente de las Indias, sino que abogó apasionadamente por los indios. Su obra literaria en defensa de éstos, contra el abuso a que los sometían los españoles, provocó la llamada "leyenda negra" en la historia de España en América. El Padre Las Casas fue, pues, el primer indianista de talla, en el sentido moderno de la palabra. Su defensa de los indios se puede comparar con la abundante obra literaria de los indianistas contemporáneos sobre el mismo tema.

Resulta interesante comparar la actitud mental de un Bartolomé de las Casas, espíritu que todavía vive en las fronteras entre la Edad Media y el Renacimiento...

En la prosa ruda, pero llena de calor patético, de Bartolomé de las Casas aparece por primera vez la visión idílica de lo indígena, la pintura de un mundo de inocencia que fue sustituido por un mundo de crueldad...
(1)

Otro cronista de Indias de la época fue Gonzalo Fernández de Oviedo, que como el Padre Las Casas, escribió mucho de las Indias donde vivió una gran parte de su vida. Oviedo fue por muchos años Cronista Real, y como tal tuvo acceso a considerable información de índole oficial y privada, pero lo más interesante de su obra literaria es su información sobre la naturaleza y las cosas de las Indias, de las que escribió con minuciosidad. Oviedo vivió por muchos años en Santo Domingo, después de su estadía en la Tierra Firme; cruzó el Caribe muchas veces y el Atlántico muchas más. Como ha dicho Menéndez y Pelayo, su vida fue “de monstruosa actividad física e intelectual, (que) da la medida de lo que podían y alcanzaban aquellos sublimes aventureros españoles, colocados entre el límite de la Edad Media y los umbrales de la historia moderna.” Y agrega que Oviedo “todo lo registró y puso por escrito.” (2)

Entre Oviedo y el Padre Las Casas se entabló una de las primeras polémicas político-literarias de América. Pero de Oviedo dice Menéndez y Pelayo que “como escribía sin escrúpulos de estilo, y tampoco le embargaba mucho el aparato de la erudición clásica... dista tanto de ser un historiador clásico, ni siquiera un verdadero escritor.” (3) Pero todo eso, y el no conocer las ciencias de su tiempo, y el no saber latín, que le criticaba “su implacable detractor, Fr. Bartolomé de las Casas” fue lo que le permitió escribir sus crónicas libre de los prejuicios de la época, “entregado a los solos recursos de su observación espontánea y precientífica... de un modo enteramente empírico... con descripciones que no

son las de un naturalista, pero que los naturalistas reconocen como muy exactas.” (4)

En nuestro concepto, Bartolomé de las Casas personifica, dentro de un ropaje renacentista, el espíritu moribundo de la Edad Media: un espíritu medieval que aún abunda en España, que no se deja morir. Fernández de Oviedo, en cambio, personifica el espíritu moderno que observa e interpreta empíricamente y se inspira en la realidad y en el futuro más bien que en ideas y prejuicios del pasado.

Pero volvamos a Colón. Además del viaje del Descubrimiento, hizo Colón tres viajes más a las Indias. Cada uno de esos viajes tiene una distintiva interpretación, de parte de Colón, que los distingue de los otros. Cada uno es una página literaria de tonalidades particulares, cada uno es un retrato diferente en que se perfilan las experiencias por que pasa y relata el autor. Es innegable que Colón descubrió “literariamente” a América cuando la descubrió geográficamente. Su “Diario” del descubrimiento es, desde el momento que pisó la primera isla, un himno entusiasta a las Indias y a los indios, aun cuando “su lenguaje peca en ocasiones de monótono, con repeticiones de fórmulas hiperbólicas, porque no era hombre de letras y no disponía de un gran caudal de palabras; pero consigue efectos deliciosos con su escaso vocabulario.” (4)

Igualmente, sus descripciones podrán parecer artificiales pero sólo porque las hace siguiendo la moda literaria de su época, a la que prestaba obediencia, aun cuando no era gran lector. Todo paisaje, para ser perfecto, tenía que ser un jardín de eterna primavera. El Paraíso mismo no se había concebido de otra manera durante muchos siglos. (5)

Y así nos describe el Paraíso Terrenal que encontró durante su tercer viaje. Para referencia, y soporte de sus disquisiciones, hace mención nuestro Descubridor de Plinio, Aristóteles, y un número de figuras históricas y legendarias, a

fin de concluir asegurándonos: “yo muy asentado tengo el ánimo que allí donde dije es el Paraíso Terrenal y descanso sobre razones y autoridades sobrescriptas.” (6) Descripciones de esta índole, repetidas por tantos otros cronistas de Indias luego, encendieron la imaginación europea y crearon una visión exagerada de ese mundo nuevo; una visión que, sin ser falsa, ignoraba las realidades que luego afrontaron tantos ilusos, como Colón mismo.

En la crónica de su cuarto y último viaje, en cambio, nos dejó Colón una de las más patéticas páginas de la “literatura americana” de todos los tiempos. La conmovedora relación de su naufragio y de sus tormentos en la Isla de Jamaica se alterna, sin embargo, con su relación de la visión que tuvo, en que una “voz muy piadosa” le habló y le consoló. Su relato se atropella con tantas desdichas que él mismo pregunta: “¿Quién creyera lo que yo aquí escribo?” (7) Y a poco agrega: “A visión profética se asemeja esto.” (8) Comentarios que indican bien que el mismo Colón distinguía entre la realidad y sus exageraciones literarias.

En suma, las crónicas de los viajes de Colón representan en sí un ciclo literario de tema americano. La crónica del primer viaje descubre la cortina que cubría un mundo desconocido y describe dicho mundo nuevo tal como lo vio, o lo quiso ver, el insigne navegante. El segundo viaje nos revela ya los problemas que presenta ese mundo nuevo para el hombre europeo. El tercero, confirmando los problemas, nos revela allí el Paraíso Terrenal que la mentalidad medieval católica buscaba en la tierra. Y por último, el relato de su cuarto viaje, es una síntesis del quijotismo fanático de Colón, con tufillo de predestinación sobrenatural, que iba a repetirse tantas veces entre los héroes o víctimas de la conquista de América. No cabe duda que los escritos de Colón iniciaron la historia y la literatura de América.

Tras el efímero revuelo que levantaron las noticias... de Colón, vino un período de calma. Durante algún tiempo se pensó que el Descubrimiento había sido un fracaso...

Pasaron quince años, y los españoles no habían colonizado más que la Española... Y de pronto el relato de los viajes de Américo Vespucio... volvió a despertar el interés de los lectores europeos. Sus descripciones del Brasil parecen como variaciones sobre los temas de Colón. (9).

Agrega Henríquez Ureña que “a partir de Vespucio, Europa no dejó ya de mirar hacia Occidente. La información fluía de muchas fuentes. La más rica de todas fue *De Orbe Novo* de Pedro Mártir.” (10) Era Pedro Mártir de Anglería, de nacimiento italiano, como Colón, pero también acabó sirviendo a los Reyes Católicos y, antes de su muerte, que acaeció en Granada en 1526 había escrito sus famosas *Décadas del Nuevo Mundo*, para mejor título, puesto que separó su “Crónica de Indias” y la presentó por décadas, incluyendo los primeros treinta años de España en América. Como dijo Henríquez Ureña, Pedro Mártir fue un “humanista con vocación de periodista (que) ofreció a sus lectores un espectáculo pleno y brillante” del “Orbe Novo” que describía. (11)

En cuanto al tercer italiano que debemos incluir entre estos primeros cronistas de Indias o cronistas de América, al que honró la historia y la Europa de su tiempo dándole su nombre al continente nuevo, dejemos hablar a la más reciente autoridad en la materia:

Americo Vespucci se ha visto glorificado con todo un continente... Dos cartas de Vespucci, la que se llama “Mundo Novus” escrita a Pier Francesco de Médici, y la del relato de sus cuatro viajes, dirigida a Piero Soderino, constituyen los dos éxitos literarios más resonantes del siglo XVI. (12)

El éxito de Vespucci no fue de índole heroica como el de los conquistadores, ni se debió a las noticias y crónicas de sus viajes que, de por sí, nada tuvieron de espectaculares. Su

éxito se debió al hecho de “hacer su grande afirmación: que las nuevas tierras cuyo camino había abierto el genio de Colón, no eran el Asia, como lo creía el genovés, sino un continente nuevo. Esta fue su gran noticia, y la razón de su gloria.” (13)

Encontramos muchos otros nombres inmortalizados en la literatura de Indias, sobre todo después de las conquistas de México y del Perú, pero los que hemos incluido en este ensayo forman, en conjunto, el primer aliento de literatura americana.

Si Cristóbal Colón fue el iniciador de todo en América (su historia, su cultura, su literatura), Santo Domingo o la Española es la cuna, el primer asiento de todo en el Nuevo Mundo. Allí comenzó la historia, la cultura, y las letras de América. El mismo Colón la prefirió por sobre todas las otras islas y tierras de las Indias, y allí vivió y allí reposan sus restos. Colón fue el primer cronista de América, y Santo Domingo su “musa” predilecta. En la Española vivieron y escribieron el Padre Las Casas y Fernández de Oviedo. Allí pronunció Fray Antonio de Montesinos, en noviembre de 1511, su memorable sermón en defensa de los indios, y allí dijo Fray Bartolomé de las Casas la primera misa nueva de América. De allí partieron los exploradores y conquistadores que, en los primeros años, revelaron los secretos y portentos de las Indias. La Española fue el primer puente entre España y América, y allí se acrisoló primero la literatura de América, esa literatura nuestra que en nuestro siglo, hoy, habiendo ya completado su ciclo evolutivo, ha logrado su identidad propia; esa literatura que al fin ha “descubierto” al indio, tal como lo descubrió las Casas hace más de cuatro siglos; y que ha “descubierto” ese Mundo Nuevo nuestro que ya descubrió Amerigo Vespucci también hace más de cuatro siglos. Nuestra literatura hispanoamericana “ha llegado” a su punto de partida; a donde irá, es una pregunta que nos contestará oportunamente el porvenir.

NOTAS

- (1) Mariano Picón-Salas, *De la conquista a la independencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, Pág. 40.
- (2) Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la Poesía Hispanoamericana*, Santander, 1948, Vol. I, p. 287.
- (3) *Ibid.*, p. 288.
- (4) *Ibid.*, p. 289.
- (4A) Pedro Henríquez Ureña, *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*, México, 1949, p. 14.
- (5) *Loc. cit.*
- (6) *Ibid.*, P. 203.
- (7) *Ibid.*, P. 204.
- (8) *Ibid.*, P. 205.
- (9) Henríquez Ureña, *op. cit.*, P. 16.
- (10) *Ibid.*, p. 18.
- (11) *Loc. cit.*
- (12) Germán Arciniegas, *Amérigo y el nuevo mundo*, México, ed. Hermes, 1955, p. 9.
- (13) *Ibid.*, p. 13.